

GONZALO RUBIO ORBE UNA VIDA QUE PERDURA

Luis Andrade Galindo

Tuve el privilegio de conocerle, tratarle y descubrir la grandeza de su alma enmarcada en la personalidad de su carácter y su diáfana inteligencia. Por encima de la distancia generacional me parecía tan cercano por su generosa entrega a la causa cultural que borra los intervalos y su muerte nos dolió, aunque sea el destino natural del hombre.

En estas circunstancias recordé el pensamiento de Alexis Carrel, plasmado en su "Diario": "La inmortalidad o persistencia de la personalidad es una necesidad del ser humano, como lo es la necesidad de libertad, de amor y de belleza"; sin entrar en mayores reflexiones filosóficas que nos conducen paralelamente al acatamiento de la misión terrena y su trascendencia post-mortem. Esta necesidad, aplicada a la trayectoria vital de Gonzalo Rubio Orbe se vuelve necesaria e imprescindible por su alta categoría intelectual puesta al servicio del país y, su legado continuará alimentando a las nuevas generaciones.

Nació para educador y este ideal le condujo de su comarca otavaleña al Normal "Juan Montalvo" de la ciudad de Quito que, en la época, representó la más elevada categoría en el contexto educativo, nutriéndose de las corrientes universales del pensamiento y sensibilizando su espíritu al problema socio-económico. Continúa por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central del Ecuador, obteniendo su Doctorado en Ciencias de la Educación y con este abundante acopio de conocimientos inicia su generosa entrega que perpetúa su memoria.

Las Universidades Central y Católica en las cátedras de "Antropología Social y Cultural" e "Historia de la Civilización", recordarán su aporte; así como los colegios "Manuela Cañizares", "Juan Montalvo", "Montúfar", "Benalcázar", "24 de Mayo", "Abraham Lincoln" de la ciudad de Quito. Resalta su Rectorado

en el Colegio Normal "Juan Montalvo" de 1947-1950 y sus elevadas funciones de Director Nacional de Educación, sin detenernos en otros honrosos encargos de asesoría y dirección.

En el ámbito internacional cumple misiones como experto de la "UNESCO" para la elaboración de programas integracionistas de la población indígena de los Andes en 1952. En el período de 1971-1977 se desempeña como Director General del Instituto Indigenista Interamericano, con sede en México, siendo nominado por elección unánime de los diecisiete delegados oficiales de los países de América, miembros de este organismo especializado de la "O.E.A.", cuyo marcado honor lo comentaba con modestia, evocando los juicios, balances y apreciaciones de sus personeros como el Dr. Alejandro Orfilia, Secretario General de la Organización de Estados Americanos.

Capítulo aparte merece su labor investigativa y las publicaciones de sus obras: "Rumiñahui, Ati Segundo" con su primer premio nacional en el concurso de biografías organizado por el Ministerio de Educación en 1942. Biografía de "Eugenio de Santa Cruz y Espejo", primer premio. "Nuestros Indios" 1946; biografía de "Luis Felipe Borja" 1947; "Servicios e Instituciones Sociales en el Ecuador" 1948; "El indio en el Ecuador" 1949; "Los indios ecuatorianos: evolución histórica y políticas indigenistas" 1987; "Aculturaciones indígenas de los Andes"; "Punyaró"; "Aspectos indígenas"; "Aspectos educativos"; "Educación Fundamental"; "La alfabetización"; "La educación en el medio rural"; entre otras. Muy largo sería referirme a sus artículos en revistas y otros medios.

Para explicar su especial interés por la cuestión indígena, tenemos que remontarnos a la estructura social del cantón Otavalo y su ancestro. A su niñez inmersa en el escenario indigenista; al dominio de su lengua; al conocimiento de sus costumbres y, ante todo, a su intuición que despierta la inteligencia analítica del proceso investigativo. En Rubio Orbe, encontramos esa característica propia del otavaleño, amante de su tierra y solidario con su estirpe, sin que la distancia sea un factor negativo. Esta

cualidad es lección presente para el resto de cantones imbabureños carcomidos por el egoísmo y el quemeimportismo, salvando honrosas excepciones de esfuerzos aislados.

Con tan cimeros antecedentes que enorgullecen a la Patria toda, el Gobierno Nacional le impuso la condecoración "Al Mérito en el Grado de Comendador" en 1971. El Ministerio de Educación y Cultura le otorgó la condecoración "Al Mérito Educativo", en el mismo año. La Academia Nacional de Historia; el Sexto Congreso Indigenista Interamericano; el I. Concejo Municipal de Otavalo y otras Instituciones de relevante presencia nacional e internacional.

Después de su muerte que ha vuelto a generar vida, era de justicia conformar una Fundación para sustentar su categoría humana y así lo entendemos, cuando se han organizado una serie de eventos culturales tratados al más alto nivel. Se cumple el primer año de su terrena ausencia y se han extendido las manos para proseguir en la posta interminable de la intelectualidad. El Maestro tuvo carismas para quedarse en cada lección, como la semilla se autodestruye para generar vida a flor de tierra. Sociólogo y antropólogo nato, con una elevada dosis didáctica para transmitir. Dinámico en toda la extensión de la palabra. Organizativo como él sólo. Vital hasta el último día de su existencia.

La última vez que compartimos le miré entrar al Salón de Actos de la escuela que lleva su nombre. Era el patrono que iluminaba con su singular aureola todo el ámbito de civismo. Gentil y caballero; una figura patriarcal adornada con su cabellera blanca y su nítida presencia. Ese día, mientras la Directora evocaba el curso de la Escuela con el aval de su patrono, miré en su octagenaria existencia el viaje retrospectivo de los años para sentirse niño y entender la medida exacta de la felicidad. Me colmó el espíritu su intervención alusiva a la circunstancia, dirigiéndose al cuerpo docente y educando con la sobrada categoría de un Maestro. Una vida saturada de experiencias comunicaba sus se-

cretos y la modestia propia de los hombres superiores, se había igualado pedagógicamente con sus oyentes.

Así es la vida, dentro de su concepción dialéctica. Mentalmente recorrí la veneración a mis maestros que se equiparaban generacionalmente al Dr. Rubio Orbe. Muchos habían emprendido el último viaje y su legado merecía una revisión de mi parte para enorgullecirme; otros nos miran en el crepúsculo de la tarde para lanzarnos al mundo de los sueños y revivir las experiencias de hace años...

Sí, es un deber generacional escudriñar el pasado para adentrarnos en la alta categoría intelectual de nuestros viejos. Ponderar la magnificencia de su obra labrada con esmero a lo largo de toda una vida. Hacerla nuestra para conocerla, valorarla y sentirla en la misma intensidad de origen.

El Maestro silenció su voz y nos toca uno a uno, responder su lección.